

tados se presentaban como diputados. Dada la actitud que los privilegiados habían adoptado durante las elecciones, era de prever una lucha entre los estados sobre si aquel exámen habían de hacerlo estos unidos ó separadamente. Al propio tiempo, bien considerado el asunto, se comprendía que esta cuestion de fórmula entrañaba la cuestion de derecho relativa al sufragio por cabezas ó por estados, y que en este punto el tercer estado no podía ceder sin extralimitarse de sus poderes, que en ningún punto como en este podían llamarse *ultimatum* nacional. La parte que no podía hacer sobre ese particular concesion alguna no constituía un partido ni un estado, sino que era la representacion de la nacion, contra la cual nada podía ningún gobierno. En tal situacion, si no el espíritu de justicia y el sentido político, por lo menos el simple instinto de conservacion debía impulsar al gobierno á no permanecer inactivo ante la consumacion de lo inevitable y á no hablar de enemistad entre él y la nacion, aun cuando con ello no se consiguiera otra cosa mas que evitar una lucha de los estados entre sí. En una palabra, el gobierno debía haber ordenado el exámen de poderes en comun, y fuerte con el apoyo del tercer estado, llevar adelante este propósito á pesar del probable veto de la nobleza y del clero.

Si en esta cuestion prévia se hubiese evidenciado la unidad de la Asamblea, hubiera podido considerarse muerto para siempre el veto de los privilegiados. Aquel veto era la desgracia de Francia, la roca en que se habian estrellado todas las tentativas de reforma del gobierno. Para defenderlo, los Parlamentos, la nobleza y el clero no habian vacilado en promover tumultos, ante los cuales habia tenido que deponer las armas la monarquía porque no tenia á su lado á la nacion. A la sazón la nacion misma le ofrecia su apoyo para combatir al enemigo comun; y el gobierno, en vez de atender á sus derechos y á sus deberes, se lamentaba de la maldad de los hombres y se cruzaba de brazos, satisfecho de la pureza de su conciencia. Desde la tarde del 5 de mayo estuvo la Asamblea abandonada á sí misma y á la mañana siguiente comenzó ya la lucha de los estados entre sí.

En las primeras horas del día 6 leyeron los diputados un anuncio en que se decía: «Del rey. En vista de que S. M. ha manifestado ante los delegados de los tres estados su voluntad de que hoy se reunieran, se les hace saber que el local á ellos destinado estará dispuesto á las nueve de la mañana.» Segun este anuncio prevenia, los diputados del tercer estado acudieron á la hora marcada al salon de ceremonias y quedaron sorprendidos de no encontrar allí á ningún individuo de los otros dos estados. Entonces se promovió una acalorada discusion; pero á pesar del desórden que reinó en aquel primer debate promovido entre seiscientos novicios, predominó con cierta fuerza elemental la opinion de que el exámen de los poderes habia de hacerse por toda la Asamblea y de que mientras la nobleza y el clero no quisieran someterse á este trabajo hecho en comun, el tercer estado se abstendría de todo acto oficial y no abriría carta alguna á él dirigida. Entre tanto, cada uno de los dos primeros estados habia decidido proceder separadamente al exámen de sus poderes respectivos; conducta insolente á que contestó el tercer estado, en virtud de acuerdo del día 7, con su abstencion no menos provocadora. El conde de Mirabeau fué quien defendió contra una proposicion de Malouet las ventajas de una inactividad absoluta (1), y con el talento, la perseverancia y prudencia con que como orador y como escritor abogó por el sistema de sitiar por hambre á los privilegiados y de obligarlos por tanto á rendirse, se conquistó poco á poco si no el corazon y la confianza, por lo menos la atencion de una

(1) *Histoire parlementaire*, I, págs. 386-387.

asamblea que en un principio le habia mostrado cierta antipatía. En efecto, cuando los diputados fueron llamados por el órden de sus distritos electorales, algunos de ellos como Mounier, Chapelier, Rabaud de Saint Etienne y otros fueron saludados con aplausos; en cambio, el nombre de Mirabeau produjo un murmullo que nada tenia de benévolo y en el cual se veía involuntariamente cierta expresion de repulsion y de odio. Esta manifestacion se reprodujo varias veces, y Mirabeau no ocultó á sus amigos el dolor que le causó (2), sin, por eso, perder en manera alguna la confianza de que la tempestad pasaria pronto.

La paciente constancia del tercer estado, mantenida en un terreno innegablemente legal, no impedia que aprovechase el aislamiento de los adversarios para llegar mas rápidamente al fin deseado. La debilidad de los privilegiados provenia de la composicion del clero, cuyas dos terceras partes consistian en párrocos de origen burgués y por lo tanto aliados naturales de los comunes. Mirabeau aconsejó á sus compañeros que se dirigieran confiados para formar la union, «no á la nobleza que ordena, sino al clero que discute;» así decía en sus discursos de 18 y 27 de mayo (3). Al propio tiempo, dió secretamente un paso para explorar la opinion del gobierno.

Por medio de sus amigos ginebrinos Duroveray y Dumont, procuró, á fines de mayo, tener una entrevista con el diputado Malouet, de quien sabia que estaba en muy buenas relaciones con los ministros, y le dijo: «Sé que sois un buen amigo de la libertad, yo tambien lo soy; las tempestades que nos amenazan os espantan como á mí mismo: entre nosotros hay mas de un exaltado y mas de un hombre peligroso; respecto de los dos primeros estados, en la nobleza los que están animados de buen espíritu carecen de inteligencia, y entre los tontos conozco á muchos que son capaces de arrojar la mecha sobre la pólvora. La cuestion estriba en si la monarquía y el monarca sobrevivirán á la tempestad que se está formando ó si las faltas que se han cometido, y que no pueden dejar de cometerse en lo sucesivo, han de envolvernos á todos.» Malouet, segun él mismo nos refiere (4), quedó no poco sorprendido ante esta manifestacion: conocia demasiado el pasado de Mirabeau para no tenerle por un decidido catiliniano, para quien nada significaban las *novæ res* si no iban acompañadas de *novæ tabula*, y conocia lo suficiente su talento para considerarle el mas peligroso de los demagogos. Juzgaba además este peligro tan innegable, que prescindiendo de todo cuanto ofrecia alguna duda en el hombre y en su discurso, le contestó: «Señor mio, tengo formado tan alto concepto de vuestra inteligencia, que no vacilo en creer lo que decís: tengo además gran curiosidad por oír lo que tenéis que añadirme.—Lo que me resta decir, repuso Mirabeau, es muy sencillo: sé que sois amigo de Necker y del señor de Montmorin, que casi por sí solos forman todo el consejo del rey: ni uno ni otro son santos de mi devocion, y supongo que yo tampoco soy de su agrado. Pero que nos queramos ó no, importa poco con tal que logremos entendernos. Deseo, pues, conocer sus propósitos, y por esto me dirijo á vos, para poder celebrar una entrevista con ellos. Serian muy indignos ó muy imbéciles, y el rey no tendria disculpa, si quisieran mantener á esta Asamblea dentro de los límites en que tuvieron encerradas á las anteriores. Esto no puede continuar así; ellos deben tener algun plan para aceptar ó combatir ciertos principios fundamentales; y si ese plan es racional dentro del sistema monárquico, me comprometo á apoyarlo y á hacer valer todos mis recursos y mi influencia

(2) Dumont, pág. 46.

(3) Barthe: *Discours de Mirabeau*, I, pág. 152.

(4) *Mémoires*, I, pág. 312.

para alejar la tormenta democrática que se cierne sobre nuestras cabezas.»

Malouet oyó, pues, de los labios de Mirabeau aquello mismo que él tantas veces habia aconsejado á los ministros; así es que se encargó de buena gana de facilitar la entrevista y se apresuró á ver á Necker, á quien encontró en el despacho de Montmorin. En un principio, sus manifestaciones no dieron resultado, pues Montmorin le refirió lo de la *Historia secreta de la corte de Berlín* y le manifestó que no queria tener trato alguno con aquel hombre. Necker, como de costumbre, miraba fijamente al techo mientras Malouet sostenia la conveniencia de entenderse con Mirabeau, aun cuando con ello no se consiguiera sino privar de su caudillo mas peligroso á la oposicion que comenzaba á dibujarse. En opinion del ministro de Hacienda, «Mirabeau no tenia ni podria tener crédito,» pero por fin se dejó persuadir de que ningún perjuicio podria ocasionarse con averiguar las intenciones del diputado provenzal. La entrevista se fijó, pues, para las ocho de la mañana siguiente, y así se lo escribió á Mirabeau Malouet, quien cometió la torpeza de no tomar parte en la conferencia. A la hora fijada, se presentó Mirabeau en casa de Necker, el cual desde el primer momento le recibió con la humillante cortesía con que un hombre rico acoge á un pordiosero. Con un simple movimiento de cabeza contestó á la profunda reverencia del que acababa de entrar y sin decir una palabra le examinó de piés á cabeza, hasta que el visitante le dijo: «Señor Necker, el señor Malouet me ha asegurado que conociais y aprobabais los motivos que me han impulsado á celebrar una entrevista con vos.» «Señor mio, repuso Necker, el señor Malouet me ha dicho que teniais que hacerme proposiciones: ¿cuáles son estas?» La palabra *proposiciones*, pronunciada en aquel momento y con aquel tono, tenia un doble sentido, muy humillante para Mirabeau, cuya miseria era tan conocida como su poca escrupulosidad en la eleccion de medios para proporcionarse dinero. La sangre se le subió á la cabeza y se retiró sin pronunciar mas palabras que estas: «Mi proposicion es daros los buenos dias.» Poco despues dijo á Malouet durante la sesion: «Vuestro hombre es un necio y ha de oír hablar de mí (1).»

La conducta de Necker parece á primera vista inexplicable. Si no queria mostrarse benévolo hácia el hombre que en la prensa habia herido tan profundamente su amor propio y destruido tan desapiadadamente la supersticion de su infalibilidad; si no podia dominar su resentimiento hácia aquel hombre para contar como hombre de Estado con la influencia del mas elocuente de los diputados, debió, como Montmorin, oponerse á la entrevista; pero una vez esta concedida, era una locura hacerla fracasar desde el primer momento como lo hizo. Probablemente no fué la mala voluntad lo que impulsó á Necker á proceder así, pues no era rencoroso y su vanidad era de buena condicion, sino la falta de tacto que siempre distinguió al banquero mal acostumbrado y advenedizo hasta en el ministerio, falta de tacto debida á que no habia encontrado nunca obstáculos en el camino que le habia llevado al poder. A esto se añadía que Mirabeau habia mostrado grandes dotes como orador y como escritor, pero como monárquico no ofrecia garantía alguna de fijeza de convicciones, al paso que Necker se consideraba siempre como el verdadero orador y órgano del tercer estado, es decir, de la nacion entera. Una carta de Mirabeau, fechada en aquel mismo dia, le demostraba con cuánta razon podia, en un principio, considerarse tal; declárese en ella (2): «Si Necker hubiese tenido un átomo de talento y de astucia,

(1) Malouet: *Mémoires*, I, págs. 316-318.

(2) Bacourt: *Corresp. entre le C. de Mirabeau et le C. de la Marck*, Paris, 1851, I, pág. 350.

hubiera podido disponer en ocho dias de 60 millones procedentes de impuestos y de 150 conseguidos por medio de empréstito, y al noveno hubiéramos estado ya liquidados. Si hubiese tenido un poco de carácter, hubiera continuado de acuerdo con nosotros, en vez de abandonar nuestra causa, que es la suya, y hubiera sido el cardenal Richelieu de la corte y completado nuestra regeneracion. Por poca habilidad que hubiese mostrado el gobierno, el rey se hubiera declarado el hombre del pueblo en vez de hacerse sospechoso de lo contrario, y nosotros nos hubiéramos encontrado en condiciones de hacer la segunda edicion de la revolucion francesa (3).» Necker debió haber comprendido que una popularidad desmedida se pierde no solo por desaciertos, sino tambien por negligencia; pero el ministro distaba mucho de creer esto posible, y Mirabeau no era todavía conocido en su verdadera forma por sus amigos. Alabándose á sí propio decía: «Por fin ha nacido un francés con el alma, la cabeza y el carácter de un hombre de Estado (4);» pero no podia exigir todavía que así lo reconocieran los demás, porque la direccion que habia de tomar y el objeto á que tendia su inmenso talento fueron cosas completamente ignoradas hasta el dia en que terminó, del modo en que debía terminar, la «prudente inactividad» del tercer estado.

El día 10 de junio acordó este, á propuesta de Sieyes, invitar nuevamente á los dos primeros estados á que aquel día se reunieran todos en la sala Nacional para examinar los poderes; y en vista de que la invitacion no produjo mas resultado que la llegada de algunos párrocos, el tercer estado comenzó á leer la lista de los nombres y á examinar los poderes de sus miembros. Constituida así la asamblea, dióse en 15 de junio comienzo al debate sobre el nombre, por ella misma aceptado, con que mas moderadamente se expresaria la decision tomada. Para comprender el gran debate que entonces se inició debe tenerse en cuenta que propiamente no se trató del nombre de Asamblea nacional, que fué el aceptado en definitiva, sino de otros que se propusieron y desecharon, y de los cuales merecen solo mencionarse los dos siguientes. Sieyes propuso que se denominara «Representantes conocidos y reconocidos de la nacion francesa,» y Mirabeau «Representantes del pueblo francés.» Mirabeau estaba de acuerdo con toda la asamblea en que era preciso buscar un nombre nuevo, porque queria y debía romper abiertamente y á la faz de todos con la organizacion feudal de los Estados generales para poder comenzar la obra de la reforma de Francia, sin cuidarse para nada del veto de los privilegiados; pero opinaba que esto debía llevarse á cabo sin extralimitacion y sin orgullo, respetando la autoridad del monarca conforme exigian los invariables principios de vida del Estado monárquico. La denominacion de *pueblo* era en su concepto la que mejor podia elegir la asamblea si no queria ser ya un «tercer estado» ni declararse única representacion de la «nacion.» La palabra *pueblo* no tenia aun la significacion que la Revolucion le dió despues: segun el lenguaje usual de entonces significaba «plebe,» y el orador que se comprometia á establecer esta denominacion con exclusion de todas las demás, se exponia á todas las malas interpretaciones y desconfianzas. El primer discurso de Mirabeau (5) no parece que produjo gran impresion: la asamblea no estuvo atenta hasta que Malouet, el hombre de confianza de los ministros, se declaró favorable á la proposicion de Mirabeau. Este, como todos los oradores de su temperamento, no estuvo elocuente hasta que se animó con la oposicion que contra él

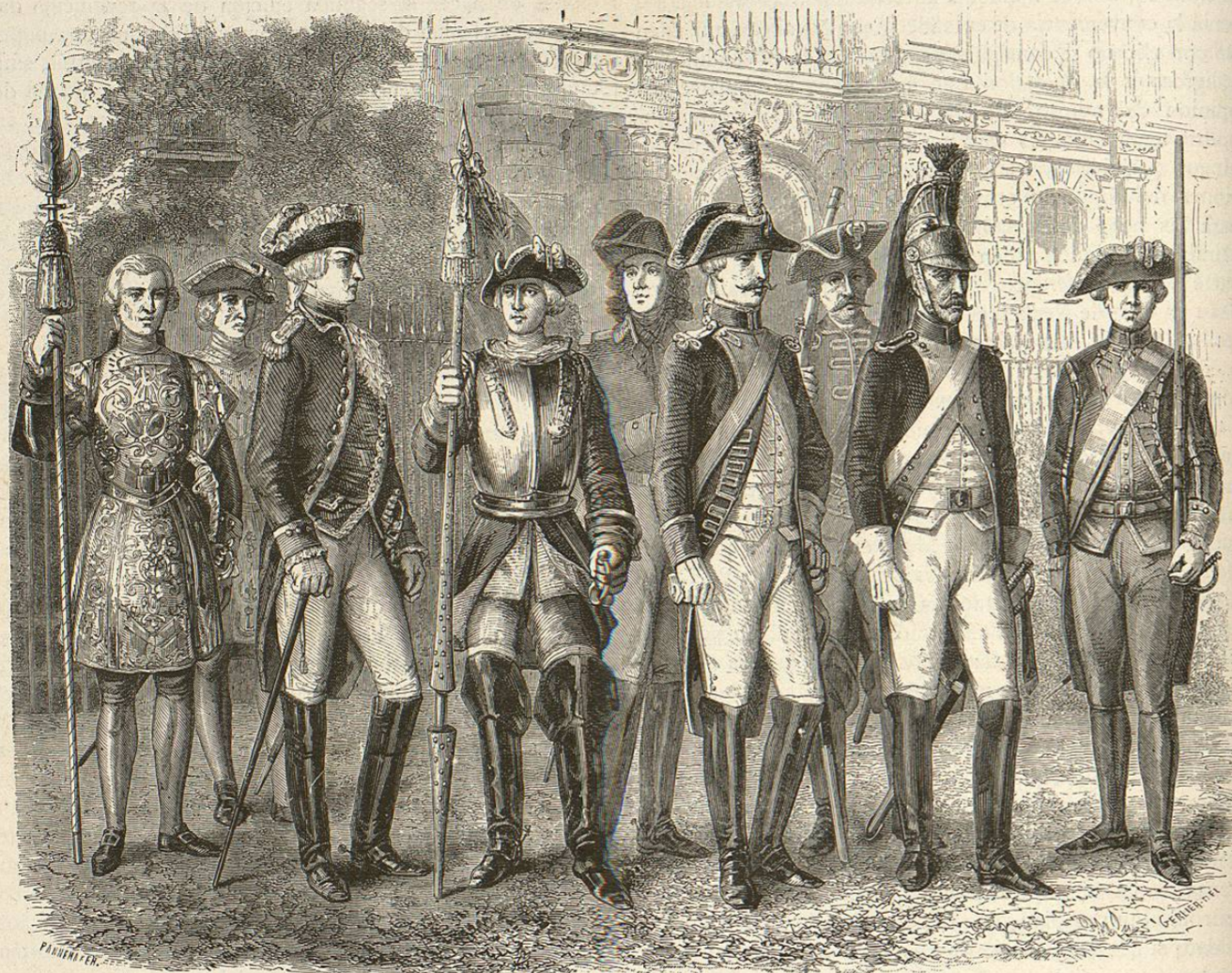
(3) Probablemente se refiere á la de 1660. F. II.

(4) Carta á Mauvillon, de mayo de 1789. *Lettres du C. de Mirabeau á un de ses amis en Allemagne*, 1792, pág. 463.

(5) *Histoire parlementaire*, I, pág. 444.—Barthe, I, pág. 176.

de todas partes se levantaba. En su segundo discurso (16 de junio), hizo desde un principio profesion de fe monárquica. Thouret había combatido todo cuanto había dicho Mirabeau el día anterior sobre la necesidad de conservar la sancion régia, diciendo que lo que el pueblo decretaba no necesitaba de esta sancion; Mirabeau le contestó en los siguientes términos: «Señores, yo considero tan necesario el veto del rey que de no existir este, preferiría vivir en Constantinopla á residir en Francia; debo declarar que nada puedo imaginar-

me tan espantoso como la aristocracia soberana de seiscientas personas que mañana se declararán inamovibles y pasado mañana hereditarias y que acabarán, como todas las aristocracias del mundo, por absorberlo todo.» «Una de las cosas que menos consiente un Parlamento de advenedizos es que se le recuerden los límites de su poder y de su derecho, y que se le haga notar su manía de infalibilidad y su embriaguez de orgullo.» De un valor no comun da pruebas el hombre que tales advertencias dirigía á aquella asamblea, y mas



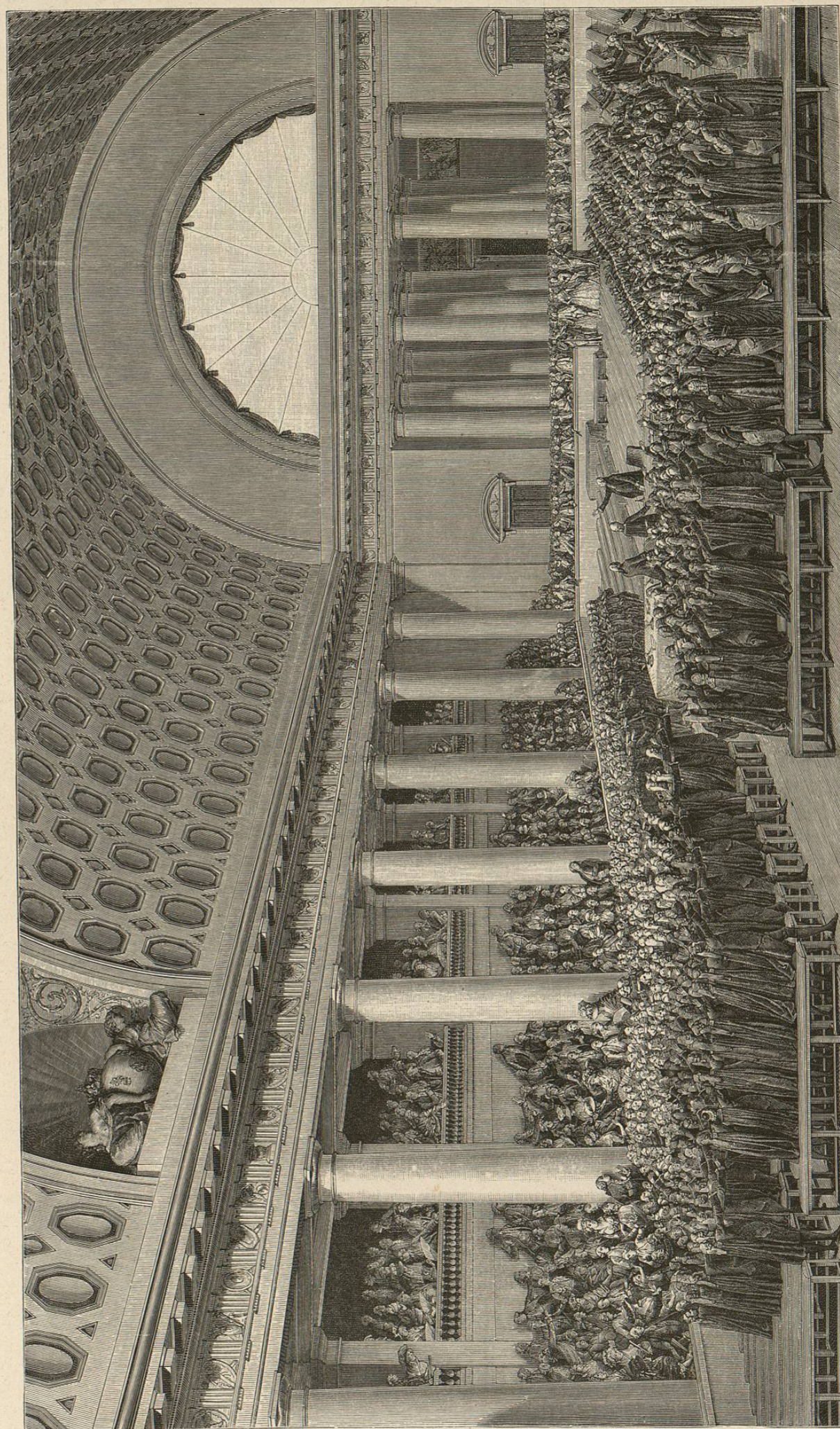
1 Guardia de la Mancha.—2 Estado Mayor, guardias franceses.—3 Coracero del rey.—4 Carabinero.—5 Dragon.
6 Guardia de la puerta

profundamente ofendía su ignorancia cuando recomendaba el nombre de *pueblo francés* no á pesar sino precisamente porque en contra suya tenía la costumbre del idioma. «Sí, decía, precisamente porque el nombre *pueblo* no ha sido bastante respetado en Francia; precisamente porque ha sido oscurecido y encubierto por el cardenillo de la preocupación; precisamente porque nos representa una imagen que subleva nuestro orgullo y nuestra vanidad; precisamente porque será pronunciado con desprecio en la Cámara de los aristócratas; precisamente por todo esto debemos adoptarlo para realzarlo y ennoblecerlo y para atraer sobre él las simpatías de los ministros y el amor de todos los corazones. Aun cuando este nombre no fuera el nuestro, deberíamos preferirlo á todos los demás y considerarlo como la mejor ocasión de servir al pueblo, á ese pueblo que lo es todo, á ese pueblo á quien representamos, cuyos derechos defendemos, de quien hemos

recibido nuestros poderes y cuyo nombre y título parece que nos avergonzamos de llevar.»

Las conclusiones del discurso de Mirabeau, pronunciadas con voz de trueno, suscitaron una tempestad como no había presenciado nunca la asamblea. Una gritería de convulsiva rabia se escapó de todos los pechos: un aluvión de injurias cayó de todos lados sobre el orador (1). Mirabeau, á pesar de todo, permanecía tranquilo é impassible en la tribuna esperando á que se apaciguara el tumulto, conseguido lo cual dijo con voz solemne: «Señor presidente, en vuestra mesa dejo una copia del discurso que ha motivado tal descontento y que tan erróneamente ha sido interpretado: apelo á todos los amigos de la libertad para que juzguen su conteni-

(1) *Ce ne furent pas des cris, mais des convulsions de rage: l'agitation fut générale, une tempête d'injures fondit de toutes parts sur l'orateur, dice Dumont, pág. 79.*



Asamblea nacional de Versalles: Juramento de los diputados el 17 de Junio de 1789

do (1).» Dicho esto, salió del salón de sesiones, y no tomó parte en la votación que tuvo efecto al siguiente día (17 de junio) y cuyo resultado fué la adopción, por todos los votos menos noventa, del nombre de *Asamblea nacional*, que á instancia de Sieyès había propuesto Legrand. Cuando sus amigos quisieron consolarle de su derrota, les contestó: «No me he intimidado: dentro de ocho días seré mas fuerte que ahora, y entonces tendrán que acudir á mí para encauzar el desbordamiento que habrán ocasionado. No os dé lástima

lo sucedido esta tarde: los pensadores no dejarán de reconocer en mi proposición cierta profundidad de miras; y en cuanto á los que no piensan, los desprecio demasiado para odiarlos, y los salvaré aun contra su voluntad.» Al día siguiente de haberse aprobado la moción, cuando entró Sieyès todos los diputados se levantaron de sus asientos, y Mirabeau dijo á Dumont: «¡Qué desgracia! se figuran que todo ha concluido y á mí no me extrañaría que el fruto de este hermoso decreto fuese la guerra civil (2).»



1 Tambor de la guardia francesa.—2 Tambor de línea.—3 Guardia de corps.—4 Granadero de la guardia francesa.—5 Guardia de la Convencion nacional.—6 Inválido

Mirabeau consideraba con razón el acuerdo de 17 de junio como una decisión de gravedad suma. En efecto, había sido tomado sin consultar previamente con el gobierno y sin asegurarse de la aprobación del rey. La denominación de *Asamblea nacional* venía á decir que el tercer estado componía la nación, y de la fuerza propia del acuerdo, en la forma en que había sido tomado, se desprendía que el tercer estado, representante de la nación, era el soberano, el dueño del poder legislativo. El ministro Necker se quedó como herido del rayo; seis semanas dejaron transcurrir los privilegiados sin hacer la renuncia con que Necker tanto había contado; y al cabo de ellas manifestaron una resistencia que significaba precisamente lo contrario de la renuncia prometida. Durante seis

semanas permanecieron inactivos y á la expectativa los Comunes, hasta que al fin de un solo golpe rompieron la organización del Estado. No habiéndose hecho en un principio tentativa alguna para impedir que se despojara de sus derechos á la monarquía, el despojo se decidió después sin apelación.

Necker dijo á Malouet: «Habeis abusado del poder legislativo, atribuyéndooslo por medio de una disposición que

(2) Tres meses antes de su muerte decía á Dumont: «Amigo mio, ¡cuánta razón teníamos en querer impedir desde un principio que los Comunes se declararan Asamblea nacional! este ha sido el origen del mal: desde que obtuvieron aquella victoria, no han cesado de mostrarse indignos de ella... Han querido gobernar al rey en vez de gobernar por medio del rey, pero muy pronto no serán ellos ni el rey los que gobiernen. Una vil fracción los dominará á todos y llenará la Francia de horrores.» *Souvenirs*, págs. 267-268.

(1) Dumont, pág. 81. Este pretende haber sido el autor de la famosa *peroracion*.